

PASIÓN DE MULTITUDES: LA PRENSA Y LA OPINIÓN PÚBLICA DE BUENOS AIRES FRENTE AL ESTALLIDO DE LA GRAN GUERRA

CROWDS' PASSION: BUENOS AIRES' PRESS AND PUBLIC OPINION FACING THE GREAT WAR

Emiliano Gastón Sánchez¹

Palabras clave *Resumen*

Primera Guerra Mundial, Prensa periódica, Opinión pública, Buenos Aires, Historia cultural de la prensa

Se analiza la fascinación que el estallido de la Gran Guerra desató en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires, capital de un país neutral, distante miles de kilómetros del escenario del conflicto. Desde una perspectiva que enfatiza la “cultura de la noticia” y el consumo informativo, este trabajo muestra que la sed de novedades que rodea al estallido del conflicto constituye el aspecto más evidente de una mirada “plebeya” que transforma la guerra en una suerte de espectáculo mediático. Sin desconocer la incidencia de otras variables (demográficas, económicas, etc.), este enfoque permite explicar las espontáneas concentraciones suscitadas por el inicio de la contienda desde un marco alternativo a la llamada “cultura de la movilización”.

Recibido
5-12-2017
Aceptado
10-4-2018

Key words *Abstract*

First World War, Periodical press, Public opinion, Buenos Aires, Cultural history of press

This article analyzes the fascination that the Great War outbreak sparked in the press and the public opinion in Buenos Aires, capital of a neutral country, thousands of miles away from the conflict scene. From a perspective that emphasizes the “culture of the news” and the informative consumption, this work shows that the thirst for novelties that surrounds the conflict outbreak is the most obvious aspect of a “plebeian” view that transforms the war into a media show. Without neglecting other variables' incidence (demographic, economic, etc.), this approach allows to explain the spontaneous concentrations aroused by the war start from an alternative framework to the so-called “culture of mobilization”.

Received
5-12-2017
Accepted
10-4-2018

Puede decirse que jamás un acontecimiento de allende el océano a suscitado una expectativa tan íntima, tan honda, en esta ciudad. Sin dudas, en ninguna otra del mundo, fuera de las naciones puestas en estado de guerra, flota una emoción equivalente.

*La Nación*²

1 CONICET / Universidad Nacional de Tres de Febrero, Argentina. C. e.: esanchez@untref.edu.ar. Agradezco a Lila Caimari y Daniel Lvovich la lectura de una versión previa de este trabajo.

2 1914. “La situación de Europa”, *La Nación. Diario de la mañana* (en adelante, *LN*), n° 15301, 2 de agosto, p. 8. Se ha conservado la ortografía y la puntuación originales en las citas de las fuentes primarias.

La agitación del pueblo, originada por las noticias que llegan de la guerra europea, tiende a mantener en tensión los espíritus, y por momentos las mismas cuestiones de orden interno pasan á segundo plano, ante una información sensacional transmitida por el cable.

*La Argentina*³

En su libro de memorias, publicado a mediados del siglo xx cuando era una figura consagrada del nacionalismo argentino, Juan Emiliano Carulla brinda uno de los relatos más vivos sobre el aspecto que ofrecía el centro de Buenos Aires al conocerse la noticia del estallido de la Gran Guerra. Por ese entonces, Carulla era un médico de simpatías anarquistas que poco tiempo después cruzaría el Atlántico con intenciones de combatir en la Legión Extranjera, aunque tuvo que conformarse con una participación más modesta como integrante del servicio médico auxiliar del ejército francés en la región de Châlons-sur-Marne durante la batalla de Verdún. La excitación que transmiten sus recuerdos corrobora las afirmaciones de los diarios que figuran en el epígrafe de este artículo sobre las expectativas que el inicio de las hostilidades provocó en el público porteño:

Encontrábame, a eso de las seis de la tarde, en mi consultorio atendiendo a algunos pacientes, cuando irrumpió Casiano, haciendo caso omiso de toda fórmula y llevándose por delante a un señor semidesnudo al que estaba yo en tren de examinar. Con ojos flameantes, rostro congestionado y voz alterada me gritó mi portero gallego [...]: “¡Don Juan, la guerra! ¡Don Juan, ha estallado la guerra!”. El enfermo se olvidó de su propia enfermedad, y ajustándose los pantalones, se dispuso a salir a la calle. Por mi parte, despedí a tres o cuatro personas que me aguardaban en la sala de espera, y eché a correr en dirección a *La Prensa*. Ya la multitud empezaba a volcarse en las calles y a medida que avanzaba por Piedras hacia Avenida de Mayo, más difícil se me hacía el camino (Carulla 1964, pp. 160-161).⁴

Al llegar a la Avenida de Mayo, Carulla se sumergió en un “multitudinario y babélico” gentío que deambulaba ante las pizarras de los diarios instalados en el centro de la ciudad, “escuchando las opiniones, interviniendo en las discusiones y expresando de viva voz o a gritos mi adhesión a los aliados” (1964, p. 161). Este joven médico entrerriano pudo haber integrado la masa de personas retratadas en la impactante fotografía a página completa sobre las repercusiones de la guerra en Buenos Aires (fig. n° 1), publicada a mediados de agosto de 1914 en el semanario *Caras y Caretas*. La imagen muestra una toma nocturna de la céntrica esquina de Avenida de Mayo y Perú colmada por una multitud que se agolpaba frente al edificio de *La Prensa* en busca de novedades sobre el conflicto, que el diario anunciaba, por un lado, en sus pizarras y, por otro lado, mediante un ingenioso sistema de señales.

3 1914. “Días de ansiedad”, *La Argentina. Primer diario moderno de la mañana, independiente e impersonal* (en adelante, *LA*), n° 3310, 9 de agosto, p. 4.

4 Según consta en un aviso publicado en *Ideas y Figuras*, una revista literaria vinculada a la órbita cultural del anarquismo en la que era asiduo colaborador, Carulla tenía su consultorio en la calle Lima 630, a pocas cuadras de la Plaza de Mayo.

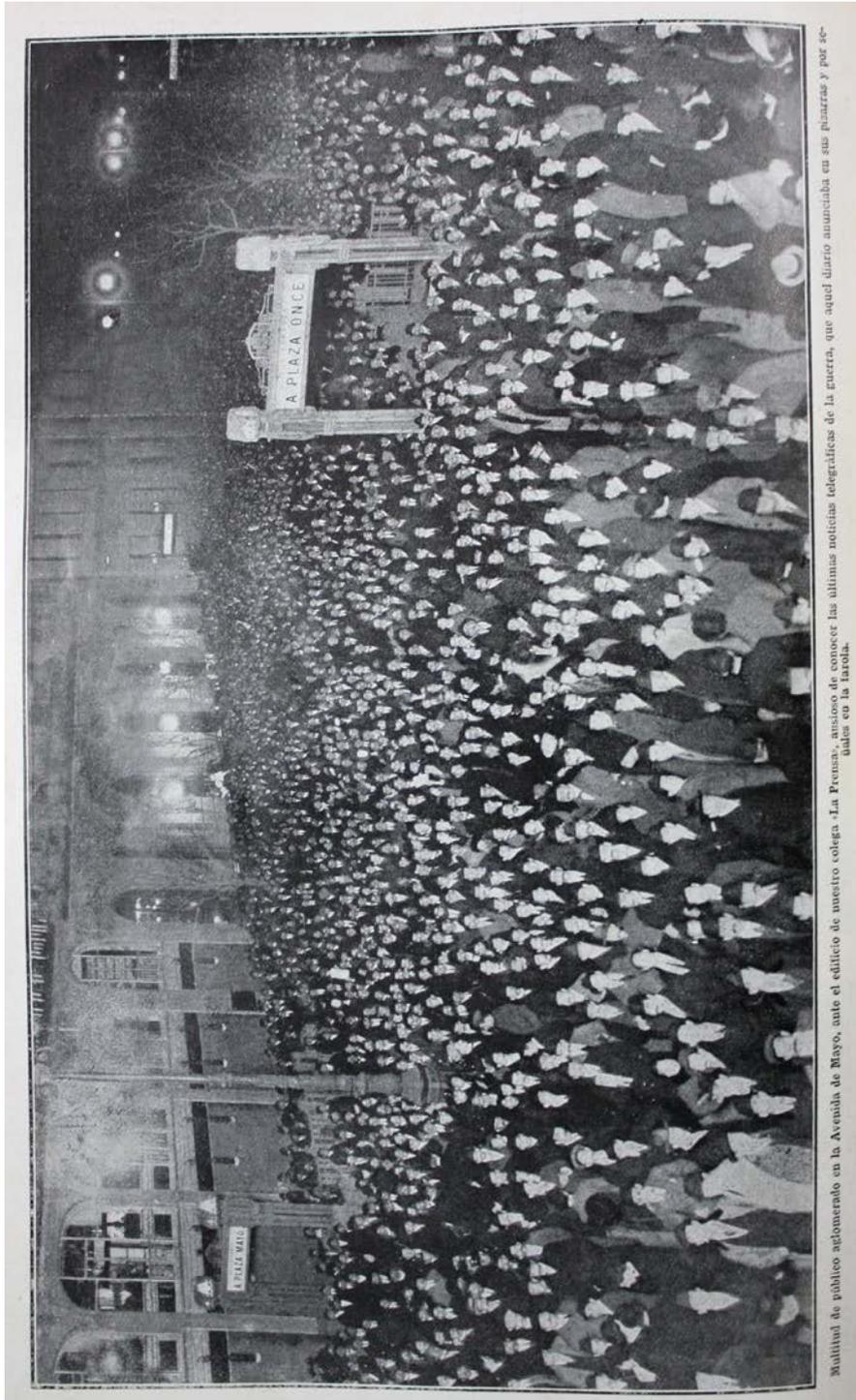


Fig. n° 1. "La emoción de la guerra", *Caras y Caretas*. *Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidad* (en adelante, *CyC*), n° 828, 15 de agosto de 1914, s/p.

A más de un siglo de distancia, esa multitud sigue planteando un interrogante: ¿por qué en la capital de un país formalmente neutral, distante miles de kilómetros del escenario del conflicto, la opinión pública manifestó un grado tan alto de interés por la guerra que había estallado en Europa?⁵ Sin duda, algunas variables, como el alto índice de extranjeros que hacia 1914 habitaban en Buenos Aires, el temor sobre la situación financiera que podría agravar la ya evidente crisis de la economía argentina y la posibilidad de una rápida resolución de la guerra, contribuyen a explicar ese nivel de expectativas. Sin embargo, habría que considerar también la simple curiosidad, la intención de estar al corriente sobre las “cosas del mundo”, como un rasgo idiosincrático de una cultura mediática que, desde finales del siglo XIX, había hecho del consumo informativo de las noticias internacionales uno de sus pilares.

Incluso antes de la incorporación de Buenos Aires a la red de cables submarinos, algunos conflictos bélicos, como la Guerra franco-prusiana, habían suscitado entre los lectores porteños una “fiebre noticiosa” similar, aunque de menor intensidad si se compara con lo ocurrido en agosto de 1914 (Pastormerlo 2016). Posteriormente, la inserción de la prensa porteña en la red telegráfica global y la aceleración en la circulación de la información internacional consolidaron esa “cultura de la noticia” y las secciones internacionales comenzaron a publicar con mayor frecuencia novedades procedentes de todos los confines del globo (Caimari 2016). Desde entonces, los lectores porteños podían enterarse en pocas horas de acontecimientos como el *affaire* Dreyfus, la Guerra hispano-estadounidense o la rebelión de los bóxers, y seguir diariamente sus alternativas, teniendo a mano una información muy similar a la que circulaba en las principales ciudades de Europa (Lvovich 2003 y Bergel 2015, pp. 73-94, entre otros).

Con sus particularidades, las reacciones de la prensa y la opinión pública porteña frente a los inicios de la Gran Guerra muestran, entonces, una continuidad con el modo en que los lectores se acercaban a las noticias internacionales desde finales del siglo XIX, en el marco de un proceso de modernización que transformó los grandes diarios de la Capital en un fenómeno periodístico y social cuya presencia en el espacio público iba mucho más allá de la hoja impresa (Gómez 2008). Desde esta perspectiva, la compulsión informativa que rodea el estallido del conflicto constituye el aspecto más evidente de una mirada “plebeya” que transforma la guerra en una suerte de espectáculo mediático y que permite explicar esas espontáneas concentraciones desde un enfoque alternativo a la llamada “cultura de la movilización”.⁶

5 El 5 de agosto de 1914, luego del ingreso de Inglaterra en la contienda, Argentina declaró la “más estricta neutralidad” frente al estado de guerra entre “naciones amigas”. Durante la administración conservadora de Victorino de la Plaza –entre la firma de este primer decreto y el 31 de agosto de 1916–, la decisión fue reafirmada en ocho oportunidades a medida que nuevos países se incorporaban al conflicto. Esta posición fue continuada por el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen hasta el fin de las hostilidades. Los diferentes decretos de neutralidad pueden consultarse en *El Libro azul* (Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1919).

6 Entendida como “una modalidad de intervención en la vida pública que reconocía enraizados antecedentes en el siglo XIX, cuando era vista como una práctica esencialmente liberal y democrática que contrastaba con la violencia y los vicios de los cuestionados procedimientos electorales”. Lejos de desa-

No obstante estos testimonios e imágenes contundentes, las reacciones de la prensa porteña durante las semanas iniciales de la Gran Guerra han sido asociadas a una relativa indiferencia frente a un acontecimiento “ajeno”, exclusivamente europeo, que se observa “de lejos y sin real implicación”, lo que se traduciría en la ausencia de una movilización de la opinión pública durante las primeras semanas del conflicto (Compagnon 2014, pp. 39-44 y 68). Desde esta perspectiva, la prensa porteña otorga un lugar secundario a la cobertura de la guerra, abocándose a otros hechos de la política nacional y latinoamericana, como la muerte del presidente argentino Roque Sáenz Peña, la Revolución mexicana y la Conferencia de Niágara Falls.

Sin embargo, un análisis más exhaustivo de la prensa periódica de Buenos Aires da cuenta de una rápida, masiva y espontánea movilización del público desde el momento mismo en que se conociera la noticia del estallido de la guerra. Lejos de toda indiferencia, la prensa revela la conmoción causada por el inicio de las hostilidades, que trastocó de un modo evidente el pulso cotidiano de Buenos Aires durante las siguientes semanas. Ese clima –mezcla de incredulidad, fascinación, curiosidad y angustia– no sólo se evidenció en las aglomeraciones del público frente a las redacciones de los diarios sino también en las dársenas del puerto durante las multitudinarias despedidas de los primeros contingentes de reservistas y en los bancos e instituciones de crédito al momento de reabrir sus puertas luego de más de una semana de feriado decretado por el gobierno nacional. De esta manera, la dimensión global de la guerra irrumpió inmediatamente en la prensa y la opinión pública porteña, adquiriendo una centralidad que puede constatarse también mediante una serie de representaciones sobre las respuestas de los lectores y la rápida propagación de los temas vinculados a la contienda en casi todas las secciones de los diarios y las revistas.

LA GUERRA EN LAS PIZARRAS

Al igual que en otras partes del mundo, el atentado de Sarajevo y la crisis diplomática a la que dio inicio no suscitaron grandes temores en la prensa de Buenos Aires y, salvo contadas excepciones, no fueron considerados como un potencial desencadenante de una guerra europea. El hecho de que los Balcanes estuvieran asolados desde hacía varios años por recurrentes enfrentamientos armados, la apreciación de que un eventual conflicto quedaría focalizado en un área “marginal” de Europa y un cierto desconocimiento sobre los intereses en pugna, contribuyeron para que la prensa y la opinión pública local les restaran importancia, priorizando la cobertura de otros casos sensacionales como el *affaire* Caillaux⁷ y el “crimen de la calle

parecer en el nuevo escenario inaugurado por la Ley Sáenz Peña, las manifestaciones “parecieron reforzar su legitimidad, fundándose en la renovada apelación a la soberanía popular que caracterizó a la primera experiencia democrática argentina”, Tato 2010, p. 34.

7 El 16 de marzo de 1914, Henriette Raynouard, esposa en segundas nupcias de Joseph Caillaux –ministro de Finanzas del gobierno francés y presidente del Partido Radical–, ingresó a la redacción de *Le Figaro*

Gallo”.⁸ La trascendencia adquirida por estos hechos policiales eclipsó la atención sobre la crisis diplomática que se desarrolló a lo largo del mes de julio de 1914. Sólo con el ultimátum de Austria a Serbia la prensa porteña comenzó redireccionar su atención hacia el escenario europeo. A partir de entonces, el eclecticismo temático que había imperado en las semanas previas fue vertiginosamente desplazado por el estallido de la guerra, que se transformó en el tema primordial para la prensa y la opinión pública local (Rinke 2017, pp. 195-196). Se iniciaba así una primera etapa de la cobertura periodística del conflicto que se prolongó, al menos, hasta finales de 1914.

El clima de sorpresa e incertidumbre inicial se potenció con la llegada de la noticia del asesinato de Jean Jaurès, que tuvo lugar el 31 de julio de 1914 cuando el diputado socialista por el departamento de Tarn y director del diario *L'Humanité* fue abatido en el *Café du Croissant* de París por el joven nacionalista Raoul Villain. Lejos de circunscribirse al universo socialista, la primicia sobre el atentado contra Jaurès corrió como un reguero de pólvora, causando estupor de un extremo al otro el campo periodístico y político porteño. *La Nación* señalaba la “impresión abrumadora” que ocasionaron los primeros detalles del crimen y según el cronista de *El Diario*, a pesar de la “ansiedad popular” por seguir el desarrollo de la guerra que acababa de estallar, la muerte del político francés monopolizó el comentario público desde las primeras horas de la mañana y se prolongó hasta entrada la noche.⁹

Al tiempo que la prensa ensayaba una primera cobertura sobre los sucesos que tenían lugar en Europa, la acción se trasladó al llamado “barrio de los diarios”, un circuito de pocas cuadras comprendido entre las calles Carlos Pellegrini, San Martín, Corrientes y la Avenida de Mayo, donde se concentraban las redacciones de las prin-

y asesinó a balazos a su director, Gaston Calmette. Desde hacía meses, el ministro era objeto de una feroz campaña en su contra, que adquirió su punto más álgido con la publicación en dicho diario de algunas cartas con su primera esposa, Berthe Gueydan, lo que motivó la furia de la mujer que vació el cargador de su Browning sobre el cuerpo del periodista. El proceso contra Mme. Caillaux se inició el 20 de julio de 1914 en París y, pocos días después, el abogado Fernand Labori –que había participado en otros procesos estridentes, como la defensa del anarquista Auguste Vaillant y Lucie Dreyfus, esposa del célebre capitán acusado de espionaje– obtuvo su absolución bajo la figura del crimen pasional. Para una descripción más detallada, véase Berenson (1992) y Le Naour (2007).

8 El 19 de julio de 1914, Frank Carlos Livingston, subcontador del Banco de la Nación Argentina, fue brutalmente apuñalado en su casa en la calle Gallo 1680. La investigación policial descubrió que la mujer del fallecido, Carmén Guillot, había planeado, con ayuda de su mucama y confidente, Catalina González de Corello, un complot para asesinar a su marido que, al parecer, la engañaba con varias amantes. Para concretarlo, recurrió a los servicios de Salvatore Viterale, un vendedor de pescado y amigo de la mucama, que fue el encargado de reclutar a sus cómplices –Raffaele Prestamo, Francesco Salvatto y Giacomo Battista Lauro–, todos inmigrantes italianos y compañeros de trabajo de Viterale. Carmen Guillot fue condenada a reclusión por tiempo indeterminado, mientras que Lauro y Salvato fueron condenados a pena de muerte, la última ejecutada en Argentina, el 22 de junio de 1916.

9 “No se hablaba de otra cosa en los vestíbulos de los teatros donde llegaron los pormenores del atentado asimismo en los cafés y demás sitios concurridos por noctámbulos”. 1914. “Jean Jaurès. En Buenos Aires”, *El Diario. Diario de la tarde* (en adelante, *ED*), n° 7681, 1 de agosto, p. 5. La referencia de *La Nación* en 1914. “Jean Jaures”, n° 15300, 1 de agosto, p. 9.

cipales publicaciones periódicas de la ciudad. Dentro de ese perímetro, la Avenida de Mayo, inaugurada en 1894 en el marco de un ambicioso plan de modernización impulsado por el intendente Torcuato de Alvear, fue uno de los sitios preferidos por los diarios porteños para instalar sus redacciones. Poseer un edificio en el *boulevard* más moderno de la metrópolis era en sí mismo un símbolo de consagración y popularidad sólo reservado para los “grandes” diarios de Buenos Aires. Al menos hasta mediados del siglo xx, esta “*Fleet Street* porteña”, como la denominó el escritor y periodista Alberto Pineta (1962, pp. 31-33 y Gómez 2008, p. 265), fue una referencia ineludible en la geografía periodística de la ciudad. Durante los años de la Gran Guerra, remontando la Avenida de Mayo desde Carlos Pellegrini con dirección hacia el Río de la Plata, se encontraban las redacciones de *La Época* (769), *La Razón* (760-772), *El Diario* (658-663) y el “palacio” de *La Prensa* (567), un verdadero templo del periodismo local.¹⁰ A pocos metros de allí, sobre la calle Rivadavia, se encontraban las sedes de *El Radical* (717) y *La Gaceta de Buenos Aires* (649-657). Trasponiendo sólo unos metros los lábiles contornos del “barrio de los diarios” rumbo a San Telmo, se hallaban las redacciones y los talleres gráficos de las revistas *Caras y Caretas* y *Plus Ultra* (Chacabuco 151-155) y P.B.T. (Piedras 150).

El otro eje destacado de ese entramado periodístico urbano era la calle Florida, más específicamente el área comprendida en sus intersecciones con las calles Corrientes y Cangallo (actual Juan Domingo Perón). En un radio de seis manzanas se hallaban las redacciones y las oficinas de *La Montaña* (Florida 165), *La Unión* (Cangallo 664), *La Tarde* (Florida 319), *Crítica* (Sarmiento 533), *El Nacional* (Florida 337), *Última Hora* (Corrientes 550) y el otro coloso de la prensa porteña, el diario *La Nación* (San Martín 344-350).¹¹ Cruzando el límite norte del “barrio de los diarios” se encontraban *Idea Nacional* (Florida 409), *La Mañana* (Lavalle 691), *El Tiempo* (Lavalle 385) y *La Acción Francesa*, un

10 El edificio fue diseñado por Carlos Agote y Alberto Gainza, egresados de *L'École Central des Arts et Manufactures* e inaugurado en noviembre de 1898. Contaba con cuatro pisos y dos subsuelos en los que funcionaban sus modernas rotativas Hoe, las salas de distribución, los depósitos de papel, los talleres de fotograbado, la oficina de telégrafos, la redacción, la administración, departamentos para visitantes ilustres, un salón de fiestas y toda una serie de instituciones anexas (consultorio médico, jurídico, escuela de música, biblioteca pública, sala de esgrima, observatorio metodológico y el Instituto Popular de Conferencias, entre otras), que conformaban un patrimonio valuado en 8 millones de pesos. En vísperas de la guerra, el diario de la familia Paz poseía 671 empleados que representaban aproximadamente el 30% del total de los trabajadores del rubro; pagaba anualmente en conceptos de tinta y papel derechos de aduana por \$58.000, \$42.000 por sus servicios telegráficos y \$75.000 por sus corresponsalías en el extranjero. Además, recibía mensualmente más de 70.000 avisos con tarifas que oscilaban entre los 0.10 centavos y los 2 pesos (Lerose & Montmasson 1913, pp. 70-75; *Tercer Censo Nacional*, 1917, pp. 286-287 y Fernández 1919, pp. 51-76).

11 Aunque su sede era mucho más modesta, por ese entonces, *La Nación* era considerado el segundo diario más importante del país con un total de quinientos empleados a su cargo. Contaba con imprenta propia, una vasta red de filiales en el país y de corresponsales en el extranjero, y un popular sello editorial, La Biblioteca de *La Nación*, que editaba en formato de libros baratos los folletines que previamente había sido publicados en el diario (Lerose & Montmasson 1913, pp. 60-64 y *Tercer Censo Nacional* 1917, pp. 286-287).

periódico de propaganda que luego de varias mudanzas (Maipú 17, Cangallo 521, Tucumán 168) fijó su redacción en Reconquista 446.¹²

Desde finales del siglo XIX, los principales diarios de Buenos Aires habían comenzado a instalar, en sus vidrieras y en el *hall* de entrada de sus redacciones, unas pizarras en las que colocaban a la vista de los transeúntes las últimas noticias recibidas por cable. Ésta práctica buscaba aprovechar al máximo los servicios informativos de las agencias europeas para mantener a sus lectores informados de las novedades, ya sea como refuerzo de las ediciones matutinas o bien como un adelanto de las noticias que serían incorporadas en los vespertinos. Este particular ámbito de lectura, que no necesariamente implicaba la compra del diario, fue uno de los principales medios elegidos por el público porteño para estar al corriente de las últimas noticias sobre el conflicto.

A juzgar por las fotografías y las crónicas publicadas en los periódicos, el estallido de la Gran Guerra produjo una enorme conmoción en Buenos Aires, que vio alterada su normalidad hasta extremos impensados para una ciudad neutral. Su faceta más evidente fue el aumento del público en el “barrio de los diarios”. Según la crónica de *La Prensa*, a las 7:55 p.m., cuando se dieron a conocer los despachos referentes a la declaración de guerra de Alemania a Rusia, un “numeroso grupo de público” llenaba el *hall* central del diario, entre los cuales la noticia causó una “profunda consternación”.¹³ La sede del diario fue escenario de improvisados oradores que lanzaban “alocuciones entusiastas” contra la guerra y “los extremos lamentables a que ha conducido la política imperialista”. El público continuó renovándose y, según la crónica, fue imposible cerrar el *hall* de la administración hasta después de la medianoche.

Una situación análoga se vivió en la redacción de *La Nación*. Desde la mañana, una gran expectativa se palpaba en las calles céntricas, visible en

...la avidez con que la gente buscaba los periódicos y leía los despachos telegráficos, en los grupos que se formaban para comentar las noticias y aun en la expresión de las fisonomías, como si la inquietud universal prevaleciese sobre las preocupaciones en el espíritu de los transeúntes.¹⁴

Pasado el mediodía, la agitación fue en aumento al colocarse en las pizarras las noticias que informaban la inminencia de una guerra europea. Según la crónica de *La Nación*, a las 7:40 p.m., el público leyó en sus pizarras la confirmación de lo que a esas horas parecía inevitable: Alemania le había declarado la guerra a Rusia. Desde ese momento, “la emoción se hizo más intensa, tan íntima, que hasta después de la medianoche había muchos grupos en las calles, en los cafés, frente a las ediciones de los

12 No obstante, cabe señalar que el resto de los periódicos consultados se situaban no muy lejos de este circuito: las revistas *El Hogar* y *Mundo Argentino* tenían su redacción y sus talleres en Chacabuco 677-685. El diario *Tribuna* se encontraba en la Avenida de Mayo 1365 y *La Argentina* en 25 de Mayo 189.

13 1914. “La expectativa pública – En ‘LA PRENSA’”, *La Prensa. Diario de la mañana* (en adelante, LP), n° 15971, 2 de agosto de 1914, p. 6.

14 “La situación de Europa”, LN, n° 15301, 2 de agosto de 1914, p. 8.

diarios, a la espera de nuevas informaciones”.¹⁵ Un lector desprevenido podría pasar por alto el detalle sobre los horarios en que ambos diarios recibieron la misma noticia por cable. Sin embargo, esos quince minutos que separan la recepción de la primicia entre estos dos fraternales colegas, y a la vez sórdidos competidores, es todo un indicio de las disputas de los diarios de Buenos Aires por ser los primeros en publicar las novedades provenientes de Europa.

Esa urgencia por obtener las últimas noticias era la manifestación más evidente de la “fiebre de la expectativa” que, según *La Gaceta de Buenos Aires*, se había apoderado de los porteños:

De todos los barrios, aún de los más apartados, acude gente al centro en demanda de noticias. Las ediciones de los diarios llegan á los extremos de la metrópoli; pero no bastan á satisfacer á la masa, ávida de emociones. Frente á las pizarras de los diarios se forman grupos compactos que leen y comentan las informaciones de última hora. Hay trechos en la calle Florida en que no se puede transitar, porque el público estacionado en las aceras y la calzada lo impide. Todos hablan de la catástrofe, la conciben á su manera y hacen pronósticos desde sus respectivos puntos de vista. Los vendedores de diarios hacen su agosto. A la carrera encuentran quien les adquiera la fácil mercancía y vuelven a los talleres, donde las rotativas funcionan sin cesar, devorando bovinas de papel. Por el subterráneo van los trenes repletos y los tranvías corren igual, haciéndose molesta la estadia en ellos porque todos los pasajeros llevan abiertas las grandes hojas de los diarios.¹⁶

Esa imagen frenética que brindaban las crónicas era sólo el comienzo de unas semanas marcadas por una enorme expectativa y un alto nivel de movilización entre los lectores porteños. Lejos de decaer por ser domingo, la ansiedad aumentó al día siguiente y se mantuvo a lo largo de la semana, dando lugar a una peregrinación incesante hacia el “barrio de los diarios”, donde una multitud deambulaba de una redacción a otra en busca de las últimas noticias. La presencia de esa muchedumbre durante un día no laborable muestra que gran parte del público instalado frente a las redacciones no se limitaba a los porteños que vivían o trabajan en el centro de la ciudad. De hecho, las cifras sobre la cantidad de pasajeros que, durante el primer fin de semana de agosto, utilizaron las líneas de tranvías y subterráneos que se dirigían al “barrio de los diarios” confirman la existencia de un incremento poco habitual durante esas febriles jornadas.¹⁷

La prensa señaló la enorme curiosidad y las expectativas que rodearon el estallido de la guerra. “Todos los temas de comentario han pasado a segundo término”, afirmaba *La Nación*, “se puede decir que ayer en Buenos Aires no se ha hablado de otra cosa que de

15 *Ibidem*.

16 1914. “La impresión de los sucesos en Buenos Aires”, *La Gaceta de Buenos Aires. Diario de la tarde* (en adelante, *LGBA*), n° 1195, 1 de agosto, p. 1.

17 Según los datos obtenidos por *La Razón*, los tranvías de la empresa Anglo-Argentina “que convergen a las calles donde están situados los grandes diarios” habían transportado ese domingo 80.897 pasajeros, mientras que en el subterráneo habían viajado 8.597 pasajeros, “cifra superior a la del movimiento normal en los días de fiesta”. 1914. “Circulación extraordinaria en los tranvías”, *La Razón. Diario de la tarde* (en adelante, *LR*), n° 2724, 3 de agosto, p. 6.

la guerra".¹⁸ La efervescencia que se hizo evidente en las calles céntricas, en las redacciones de los periódicos y en los bares (que históricamente acompañaron el desarrollo del "barrio de los diarios" como el ámbito privilegiado de la bohemia periodística),¹⁹ llevó al comentarista de *La Nación* a señalar: "nuestra calle de hoy es el foro de la guerra; el tema domina absoluta y totalmente los espíritus; nadie encuentra al paso dos transeúntes que no vayan moviendo ejércitos y asaltando fronteras". Y luego agregaba, "toda conversación, cualquiera que sea su motivo concreto –negocios, pleitos, debate de intereses– se inicia necesariamente con unas consideraciones previas sobre la guerra".²⁰ Otra crónica, publicada en el semanario *P.B.T.*, brindaba una imagen similar:

Aunque uno no quiera, no hay remedio, no puede hablar de otra cosa que de la guerra. Todos nos hemos convertidos en estrategos y diplomáticos. En el mercado se habla de la guerra. Los porteros no se preocupan ya de quién entra o sale; los cocheros, los "chauffeurs", están de telegrama corrido. Los guardas tranviarios entre un "boleto, señor" y un "completo", ponen al alcance de las inteligencias que viajan en las plataformas los últimos sucesos, empleando la mano como mapa y los dedos para representar las potencias beligerantes [...] Un canillita, con cara de pícaro, desempeñaba el papel de verdadero filósofo: "¡La declaración completa de la guerra con todos los detalles! Sangriento combate. Los retratos de las víctimas. ¡Aprovechen la bolada!".²¹

No eran éstas opiniones ni descripciones aisladas. Por el contrario, afirmaciones muy similares fueron publicadas en la mayoría de los diarios de Buenos Aires cuya reiteración confirma la centralidad casi absoluta que el estallido de la guerra adquirió a nivel local.²²

Con el comienzo de la guerra, las pizarras con las últimas noticias adquirieron una atracción insoslayable que no sólo obstaculizaba el paso de los peatones sino también del transporte público. Según una crónica de *La Nación*, "los tranvías retardan y aun

18 1914. "La conflagración europea", *LN*, n° 15302, 3 de agosto, p. 8. Por su parte, *La Prensa* señaló que "El principio de las hostilidades fue el tema predilecto del día, pues casi podemos afirmar que no se hablaba de otra cosa, en los teatros, en las calles, en los paseos públicos, y en donde quiera que se formara un grupo de personas". 1914. "En el 'hall' de LA PRENSA. Expectativa general", n° 15972, *LP*, 3 de agosto, p. 9.

19 Hacia 1914, Buenos Aires contaba con 1.097 bares, cervecerías y cafés diseminados por toda la ciudad, aunque la zona céntrica y el entorno de las redacciones de los diarios concentraba el grueso de estos espacios de sociabilidad (Gayol 2002, p. 35 y Ansolabehere 2016, pp. 45-48).

20 1914. "La conflagración europea. Su influencia en nuestro país", *LN*, n° 15304, 5 de agosto, p. 9.

21 1914. Vaccari, A. "Leyendo los telegramas", *P.B.T. Semanario ilustrado (para niños de 6 a 80 años)*, n° 508, 22 de agosto, s/p.

22 *La Tarde* (en adelante *LT*) afirmó: "No se habla sino de la guerra en Buenos Aires. La opinión pública ha olvidado por completo todo asunto [...] Las calles, los cafés, los teatros, todo sitio de reunión constituye un centro de comentarios sobre la guerra". 1914. "La guerra", *LT*, n° 614, 3 de agosto, p. 3. Días después *La Mañana* afirmaba: "Toda la vida metropolitana encuéntrase absorbida por las noticias del teatro de la guerra [...] La población de esta capital continúa ansiosamente interesándose por los acontecimientos que se desenvuelven en el territorio de las naciones beligerantes. En todas partes no se habla de otra cosa de la guerra". 1914. "Repercusión de la guerra europea", *La Mañana. Diario noticioso e independiente* (en adelante, *LM*), n° 1283, 6 de agosto, p. 16. Por su parte, *El Nacional* señaló que "Todo ha quedado supeditado por el conflicto guerrero en que Europa está envuelta. Nadie habla de otra cosa". 1914. "El asunto único", *El Nacional. Diario de la tarde* (en adelante, *EN*), n° 19505, 5 de agosto, p. 1.

detienen su marcha ante las pizarras noticiosas que encuentran en su trayecto” para que éstas pudieran ser rápidamente ojeadas por los conductores y los guardas, “sin que haya, ni por azar, pasajeros presurosos que se quejen de tales retardos”.²³ Esta inusitada reacción del público porteño llevó a trazar una analogía con el clima que se vivía en las ciudades de los países europeos implicados en el conflicto. “Diríase la capital de un país interesado en la gran contienda como parte en ella”, afirmaba *La Nación* en el comentario antes citado, “tal es la intensidad del apasionamiento y el espectáculo de las muchedumbres que Buenos Aires acusa en sus calles y lugares de reunión desde que Alemania lanzó su ultimátum decisivo”. Por su parte, *El Diario* iba más allá, al plantear que la angustia y la expectativa que se vivía entre los porteños y en el resto del país se explicaban por ser Argentina “un trozo de la Europa misma”.²⁴

Si bien las crónicas señalaron el buen comportamiento de esa heteróclita masa popular, con el correr de los días los tumultos y las peleas fueron en aumento al tiempo que las estrofas de *La Marsellesa* y otros himnos europeos comenzaban a sonar en el centro de Buenos Aires.²⁵ Ante los primeros desbordes, se implementaron algunos mecanismos para ordenar a la multitud que se agolpaba frente a las redacciones. En este aspecto, *La Prensa* fue, sin dudas, el diario más innovador, al poner en marcha un complejo sistema de señales con el objetivo de “satisfacer la ansiedad pública durante el día y en las horas de la noche”. La jornada de su implementación, *La Prensa* explicaba a sus lectores los detalles de su funcionamiento:

Durante el día, una bandera amarilla, anunciará que se han expuesto al público en las vidrieras y en el “hall”, noticias importantes. La bandera roja, con círculo blanco, anunciará triunfo de la Triple Alianza. La bandera verde con círculo blanco, expresará triunfo de la Triple Entente. Durante la noche, como ya hemos anunciado, el foco rojo, significará éxito de la Triple Alianza; el verde, triunfo de la Triple Entente. La titulación del foco significará que se han expuesto noticias. La sirena, por último, solo se oírán cuando se hayan recibido, despachos telegráficos de singular trascendencia.²⁶

Este detallado sistema de señales mezclaba algunas novedades, como los focos utilizados durante la noche, con otras técnicas de difusión de las noticias que ya habían sido empleadas por el diario de la familia Paz, como su célebre sirena utilizada por primera vez para dar la primicia del atentado contra Humberto Primo, el 29 de julio de 1900. Este diario ensayó otras novedades como, por ejemplo, un sistema de reproducciones luminosas que permitía proyectar las últimas noticias sobre las paredes de los edificios ubicados frente a su redacción con el objetivo de evitar el apiñamiento de los lectores en torno a las pizarras.²⁷ La puesta en marcha de este tipo de innovaciones en la cober-

23 1914. “La conflagración europea. Su influencia en nuestro país”, *LN*, n° 15304, 5 de agosto, p. 9.

24 1914. “Expectativa dolorosa”, *ED*, n° 7683, 4 de agosto, p. 9.

25 1914. “En las calles”, *LP*, n° 15972, 3 de agosto, p. 9.

26 1914. “Señales de ‘LA PRENSA’”, *LP*, n° 15974, 5 de agosto, p. 9 (Tato 2010, p. 35 y 2017, p. 38).

27 “A las 5.30 de la tarde, millares de personas estaban estacionadas en la Avenida de Mayo enfrente y a los costados de nuestra casa. Toda la cuadra estaba literalmente ocupada con la gente apeñuscada,

tura periodística de la Gran Guerra muestra la capacidad económica e innovadora de los diarios más poderosos de Buenos Aires y, al mismo tiempo, sitúa este conflicto bélico como un capítulo destacado del señalado proceso de modernización de la prensa local.

Ahora bien, los intentos por organizar al público generaron un efecto contrario y rápidamente algunos diarios advirtieron sobre los primeros enfrentamientos entre los lectores de diferentes nacionalidades.²⁸ La Avenida de Mayo fue el epicentro de esos choques y, más precisamente, el frente de *La Prensa*, custodiado desde comienzos de la guerra por un servicio especial de la policía que tenía la orden de evitar que las aglomeraciones obstaculizaran la circulación vehicular. Sin embargo, la noche del jueves 5 de agosto fue necesaria la intervención de la policía montada para dispersar a una multitud, formada por unas cinco mil personas, que aguardaba por novedades y bloqueaba completamente la avenida. Disipado el tumulto, la policía formó un cerco con cuerdas y aisló la entrada al diario.²⁹ Aduciendo que la decisión impedía al público acceder al hall en el que se tomaban los avisos clasificados, la administración de *La Prensa* labró un acta ante escribano público responsabilizando a la policía por las pérdidas económicas que este accionar podría ocasionarle. Luego de una protesta formal ante el ministerio del Interior y el jefe de la Policía, esa misma noche fue ordenado el retiro de los cercos y se estableció una vigilancia mucho más moderada. Lo más interesante de esta situación fueron los argumentos esgrimidos por el diario: “no nos mueve a esta protesta los intereses nuestros, sino los del público, molestado inútilmente en su tránsito y contrariado en su natural afán de informarse de la marcha de los sucesos europeos”.³⁰ Al anteponer los intereses de sus lectores, *La Prensa* desligaba el incidente

en intensa expectativa. Poco después desde uno de los balcones del primer piso de LA PRENSA, se dio conocimiento al público de algunas noticias, por medio de proyecciones luminosas, entre ellas la que se refiere a la heroica hazaña del volador Garros [...] Al conocerse esta información, el inmenso público estacionado en la calzada y aceras, estalló en un grito de aplauso al primer héroe guerrero de la navegación aérea”. 1914. “En ‘LA PRENSA’. Enorme concurrencia de público”, *LP*, n° 15973, 4 de agosto, p. 10.

28 Sin nombrar a su colega de la avenida, *El Diario* señalaba: “Hemos comprobado anoche que se inicia un estado de nerviosidad en las filas populares que deploramos sinceramente, haciendo votos para que no prospere: con motivo de las señales que da un diario de la mañana para indicar si las noticias que resultan favorables á tal o cual nacionalidad, noticias que se reciben con grandes rechiflas ó en su defecto con aclamaciones estentóreas [...] de ahí a las escenas de pugilato y desórdenes colectivos no hay nada más un paso”. 1914. “La nerviosidad de público”, *ED*, n° 7684, 5 de agosto, p. 3.

29 La precariedad del sistema de contención no pudo evitar las burlas de algunos diarios: “El jefe de policía [Eloy Udabe], que no es un hombre de genio, pero sí de ingenio, acaba de concebir una iniciativa luminosa. Le inquietaban las aglomeraciones producidas alrededor de las redacciones de los diarios, se dirigió a los directores pidiendo la supresión de esas noticias. No fue posible complacerlo y los ‘meetings’ continuaron. Entonces ha resuelto dotar á los agentes que prestan servicios frente á las redacciones de una soga de cinco metros de largo con argollas en los extremos para utilizarla como medio de impedir que el público obste el tránsito de vehículos. La idea es peregrina. Suponemos que los vigilantes evitarán los tumultos enlazando á cuanto curioso se detenga ó bien dándole con las argollas en la cabeza”. 1914. “Apuntes del día”, *LM*, n° 1285, 8 de agosto, p. 1.

30 1914. “Frente a ‘LA PRENSA’”, *LP*, n° 15977, 8 de agosto, p. 9.

de un mero reclamo comercial y advertía al público de que, en caso de reiterarse una situación análoga, podría ingresar al hall por la entrada secundaria de la calle Rivadavia.

No obstante, el interés no se limitó al entorno de las pizarras; de hecho, la crónica ya citada de *La Nación* comentaba con asombro la invasión de las noticias en todos los lugares de reunión, incluso en aquellos que menos “ambiente” ofrecían al tema como, por ejemplo, el Teatro Colón, donde “nuestras noticias de ayer sobre la declaración de guerra por parte de Inglaterra, apareció fijada en todos los carteles del vestíbulo”. En pocos días, la guerra se había transformado en “una obsesión que domina en absoluto a la ciudad”.³¹

FUORES “PLEBEYOS”

En vista de lo señalado hasta aquí, no es posible dudar de la trascendencia que el estallido de la Gran Guerra adquirió en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires. ¿Por qué la capital de un país neutral, distante miles de kilómetros del conflicto, fue testigo de una movilización tan intensa? En primer lugar, es indudable que la alta concentración de inmigrantes europeos que habitaban la ciudad constituye un elemento central para explicar esa dinámica (Tato 2010, pp. 35-36 y Rinke 2017, p. 43). Hacia 1914, la capital argentina había dejado de ser *La Gran Aldea* descrita por Lucio Vicente López para transformarse en una metrópolis cosmopolita, socialmente compleja y étnicamente plural. Entre 1869 y 1914, la población del país trepó de 1.737.000 a 7.885.000 habitantes y, en el mismo período, la ciudad de Buenos Aires pasó de contener 187.000 a 1.575.000 habitantes. Ese vertiginoso crecimiento fue impulsado por diferentes corrientes migratorias, por lo que, en vísperas de la Gran Guerra, aproximadamente el 30% de los habitantes del país eran extranjeros, un porcentaje que trepaba hasta el 50% en Buenos Aires (AA.VV. 2008, pp. 83-94).³²

La incertidumbre por el destino de la patria lejana entre esa multitud de inmigrantes le otorgó una dimensión particular a las repercusiones del estallido de la guerra en Buenos Aires, pues casi todas las naciones que de un modo u otro participaban del conflicto contaban con grandes contingentes en la ciudad. Así lo expresaba un comentario de *La Prensa*:

la particular textura de la sociedad argentina, hija de un heteróclito cosmopolitismo, hace que sintamos vivamente las consecuencias de la espantosa tragedia. Conviven con nosotros, aportando a nuestro progreso su esfuerzo, elementos de todas las naciones en lucha: ingleses, franceses, alemanes, austríacos, belgas [...] Han formado hogares en nuestro país, hogares en que ha de sentirse hoy la vibración trágica de sus patrios lares, avivando el hondo amor por la nostalgia y acentuada exaltación del espíritu de raza por la solemnidad del momento. Multitud de argentinos, hijos de estos hogares, sentirán, por

31 1914. “La conflagración europea. Su influencia en nuestro país”, *LN*, n° 15304, 5 de agosto, p. 9.

32 Según los datos del Tercer Censo Nacional, levantado en junio de 1914, el grueso de la población extranjera se repartía entre las siguientes colectividades: italianos (40,6%), españoles (36,3%), franceses (3,5%), británicos (1,2%), suizos (0,6%), alemanes (1,1%), rusos (4,1%), austro-húngaros (1,7%), sirio-libaneses (2,8) (Vázquez-Preedo 1971, p. 94).

contaminación del espíritu familiar, las vibraciones del alma de sus padres. Por esto, la tragedia europea repercutió entre nosotros con tal variedad de matices emocionales.³³

Con el objeto de reforzar los llamamientos de la prensa étnica, aquellos diarios que, gracias a una vasta red de agencias en el interior del país, contaban con una distribución de alcance nacional fueron elegidos por las autoridades consulares para publicar las órdenes de movilización general, cuyos alcances incluían también a los residentes en el extranjero. Los crónicas de los enviados a los consulados narran la llegada de un aluvión de convocados y los preparativos para su partida. En las semanas siguientes, las estaciones de trenes y las dársenas del puerto de Buenos Aires serían los escenarios de multitudinarias y emotivas despedidas de los que retornaban a Europa a empuñar las armas. Las notas sobre la partida del primer contingente de reservistas franceses a bordo del *Lutetia*, que zarpó acompañado por las estrofas del himno argentino y de la Marsellesa, “como un juramento de sacrificio pero también de gloria”, dan cuenta del grado de movilización que se vivía en la metrópolis más allá de la neutralidad formal que el Estado argentino mantenía frente al conflicto.³⁴

En segundo lugar, otro elemento que permite explicar la consternación producida por el estallido de la guerra en Buenos Aires es el temor a una posible corrida bancaria, agravado por las medidas económicas adoptadas por el gobierno nacional en una reunión de urgencia del gabinete, que tuvo lugar el domingo por la tarde en el domicilio particular del vicepresidente en ejercicio, Victorino de la Plaza.³⁵ Si bien contó con el apoyo de un importante sector de la prensa, considerado como un “compás de espera que permitirá sin sobresaltos observar el desarrollo de los sucesos”, el decreto del feriado bancario fue una decisión alarmante y problemática para la inmensa mayoría de la sociedad porteña.³⁶ La medida dejó a muchos trabajadores sin poder cobrar sus jornales,

33 1914. “La guerra en el continente europeo”, *LP*, n° 15974, 5 de agosto, p. 7.

34 1914. “Partida de los reservistas franceses. Entusiasta manifestación de despedida en el dársena norte”, *LA*, n° 3320, 19 de agosto, p. 5. La crónica de *La Gaceta de Buenos Aires* ejemplifica el tono imperante en esas despedidas: “Se notaba en el muelle gran cantidad de señoras, cuyos maridos, reclamados por la patria, se alejaban, quizá para siempre... Sin embargo, esas mujeres que en otra ocasión hubieran derramado lágrimas, infundían ánimo a sus compañeros y al grito del: ¡Allons! del himno, extendían las manos haciendo tremolar frenéticamente los colores de la enseña patria. Pocas veces, ninguna, hemos visto desbordar en esa forma el amor patriótico de las mujeres. Y los hombres desde á bordo, despedían á esos seres queridos que quedan aquí esperando el regreso triunfante del compañero que va a inmolarse en el altar de la patria, cuyo sacrificio ellas mismas consistieron”. 1914. “El *Lutetia*”, *LGBA*, n° 1209, 18 de agosto, p. 5.

35 El paquete de medidas incluía un feriado cambiario y bancario del 3 al 8 de agosto, una moratoria interna por treinta días, el cierre de la Caja de Conversión, la autorización a la Caja de Conversión a redescantar documentos comerciales del Banco de la Nación, facultar a las legaciones para recibir el pago en oro de los deudores de firmas argentinas para luego remitirlo al país y la prohibición de exportar oro, trigo y harina (Weinmann 1994, pp. 39-41).

36 Cf. 1914. “Ecos del día. La situación”, *LN*, n° 15302, 3 de agosto, p. 7; 1914. “Las medidas necesarias”, *ED*, n° 7682, 2 y 3 de agosto, p. 4; 1914. “Capeando la borrasca”, *LR*, n° 2726, 5 de agosto, p. 4 y 1914. “Semana feriado”, *El Tiempo. Diario de la tarde*, n° 5598, 2 de agosto, p. 1. No obstante, otros diarios manifestaron su desacuerdo ante una medida producto de “una reunión domestica desarrollada en un ambiente caldeado por las noticias con-

dada la extendida costumbre de retardar hasta el lunes siguiente los pagos al personal cada vez que el primero de mes caía sábado. De allí, el tenor de las quejas, algo triviales, con que ciertos diarios rechazaban el decreto: “¿de dónde vamos á sacar para tomar el vermouth esta semana? ¿Cómo haremos para comprar billetes de lotería ó para ir el jueves ó el domingo al hipódromo? ¿Con qué plata vamos a ir al biógrafo ó al teatro á ver los debuts?”.³⁷ Cuando faltaban pocas horas para la culminación del feriado, otro hecho fortuito vino a prolongar aún más la ausencia de efectivo: el inicio de los dos días de duelo nacional decretados por la muerte del presidente de la República, Roque Sáenz Peña, que extendió la reapertura definitiva de los bancos hasta el miércoles 10 de agosto.

El clima de temor a una corrida bancaria, que se había mantenido durante toda la semana, se hizo más intenso el día de la reapertura de los bancos cuando una multitud literalmente copó la “City porteña”.³⁸ Desde muy temprano, el radio en que se hallaban ubicadas las casas centrales de los principales bancos mostraba un movimiento extraordinario, cuya intensidad iba en aumento al acercarse el horario de apertura. La crónica de *La Razón* lo definió como “un espectáculo nunca visto”: “no se podía dar un paso. La policía no conseguía que el público circulara y las aglomeraciones presentaban en algunos puntos verdaderos nudos imposibles de desatar”.³⁹ A pesar del tumulto, las notas señalan la correcta actitud del público, compuesto, más allá de los inevitables curiosos, por trabajadores y mujeres de humilde condición que “llevaban listas en las manos las libretas correspondientes a los ahorros que tenían depositados e iban a retirar”.⁴⁰ Según el *reporter* de *La Nación*, sólo en la cuadra en la que se encontraba la sede del Banco Francés del Río de la Plata, la única entidad que no logró abrir sus puertas y permaneció cerrada hasta mediados de 1915, se agolparon unas 1.500 personas. El pánico y la “nerviosidad” que revelan las crónicas y las imágenes publicadas por la prensa explican el forzado tono de tranquilidad y optimismo que, paralelamente, transmitían los editoriales de los grandes diarios. Sometida a una dura prueba por las contingencias externas, la economía de Argentina había mostrado su solidez.⁴¹

tinuas de la guerra”. 1914. “La situación económica. Piratería financiera”, *LGBA*, n° 1190, 2 de agosto, p. 1; 1914. “El pánico del gobierno”, *LA*, n° 3305, 4 de agosto, p. 4 y 1914. “La situación financiera”, *LM*, n° 1282, 5 de agosto, p. 1.

37 1914. “Crisis de veras”, *LGBA*, n° 1196, 2 de agosto, p. 3.

38 Término utilizado hasta la actualidad para denominar a la zona de Buenos Aires en la que se concentran los principales bancos y la Bolsa de Comercio, comprendida, aproximadamente, entre las calles 25 de Mayo, Corrientes, Maipú y Rivadavia.

39 1914. “Apertura de los bancos”, *LR*, n° 2732, 12 de agosto, pp. 3 y 4.

40 1914. “Reapertura de los bancos. Aspecto de nuestra City”, *LP*, n° 15982, 13 de agosto, p. 9. Véase también 1914. “En el barrio de los bancos”, *El Pueblo. Diario de la mañana*, n° 5066, 13 de agosto, p. 2 y 1914. “Los bancos. Enorme afluencia de depositantes”, *LGBA*, n° 1204, 12 de agosto, p. 3.

41 “Puede darse por clausurado el periodo de tensión pública, que la incertidumbre ambiente rodeaba a los trances comerciales de ayer”, afirmaba el diario *La Nación* en “Una prueba decisiva”, n° 15312, 13 de agosto, p. 9. El mismo sentido: 1914. “El poder del país puesto a prueba”, *LP*, n° 15981, 12 de agosto, p. 5; 1914. “La calma después de la tempestad”, *LP*, n° 15982, 13 de agosto, pp. 5 y 6; 1914. “En la normalidad”, *ED*, n° 7690, 12 de agosto, p. 7; 1914. “Firmeza económica”, *LR*, n° 2733, 13 de agosto, p. 3 y 1914. “Calma general”, *EN*, n° 19513, 13 de agosto, p. 3.

Un tercer elemento que explica las expectativas en torno al inicio de la contienda europea fue la extendida creencia en la posibilidad de una guerra de corta duración, a la manera de los conflictos armados del siglo XIX. Por sólo dar un ejemplo, a finales de julio, con motivo del decreto que prohibía la exportación de carbón inglés, previendo su participación en la contienda, *La Razón* entrevistó al señor Alejandro Lértora, representante del Ferrocarril del Oeste, empresa de capitales británicos con fluidas comunicaciones con Europa. En ese contexto, Lértora afirmó que la decisión del gobierno británico no ocasionaría grandes inconvenientes a la compañía dado que contaban con una reserva de carbón para cinco o seis meses. Ante la pregunta del periodista sobre las posibilidades de que el conflicto durara más tiempo, su respuesta fue taxativa: “Es inconcebible. La situación europea debe definirse antes de un mes”.⁴²

De esta manera, la cuestión inmigratoria, las perturbaciones económicas y las posibilidades de una rápida resolución del conflicto constituyen algunas de las variables más evidentes para explicar el grado de movilización que el estallido de la Gran Guerra desató en la capital de un país neutral y distante geográficamente del teatro de operaciones. Sin embargo, el tenor de algunas críticas ante un comportamiento que *La Nación* definió como la “extraordinaria sensibilidad del público para sucesos cuya lejanía mantiene” permite pensar en nuevas claves interpretativas para comprender las reacciones iniciales de la prensa y la opinión pública porteña ante la conflagración europea.⁴³

A mediados de agosto, el periodista y escritor Arturo Giménez Pastor publicó, en el semanario *Mundo Argentino*, una dura crítica de la jocosa y desprejuiciada conducta que el público de Buenos Aires había mostrado durante las primeras semanas de la contienda:

Es preciso vivir la guerra, pero fatiga y disgusta verla vivir por la muchedumbre con superficial novelería de curiosidad desocupada, paseando por las calles, exhibiendo, más bien dicho, un interés vulgarmente sistematizado, en que ya no está la emoción del desastre, en que ya no palpita el solemne y dramático interés del primer momento [...] la muchedumbre le tomó el gusto al diletantismo de la noticia, a la voluptuosidad de imaginarse en una ciudad sitiada, al sport del comentario, al entretenimiento de la guerra conversada, y lo que fuera una grande emoción humana se ha convertido en una distracción de novelería. Imposible sentir la majestad de la tragedia en medio de esta artificiosa y superficial agitación de turbamulta.⁴⁴

El “diletantismo de la noticia”, el “sport del comentario”, la guerra como un tema de conversación y un divertimento para un público *snob* e insensible. Los términos elegidos por Giménez Pastor pueden leerse en sintonía con las irónicas referencias a novedosos personajes, como los “estadistas de café”, que en las primeras semanas de la guerra hicieron su aparición en el “barrio de los diarios”:

42 1914. “Reservas de carbón en el país”, *LR*, n° 2722, 31 de julio, p. 3.

43 1914. “La situación de Europa”, *LN*, n° 15301, 2 de agosto, p. 8.

44 1914. A. GIMÉNEZ PASTOR, “Mirando pasar. La guerra en la paz”, *Mundo Argentino. Semanario popular ilustrado* (en adelante, *MA*), n° 189, 19 de agosto, s/p.

Una de las consecuencias menos perniciosas, pero inevitables del presente conflicto europeo, es, naturalmente, el comentario del mismo, realizado con energía y suficiencia por los innumerables estadistas de café, que desarrollan, ante un grupo paciente de contertulios, enormes teorías respecto de los acontecimientos producidos y de los que han de producirse aún. No es dado penetrar a uno de esos sitios sin que inmediatamente hiera nuestros oídos la voz inmoderada del obligado disertante, empeñado en demostrar, con magnífico acopio de informes e incontestable argumentación, una tesis cualquiera, relacionada con la actitud de las potencias [...] todo lo que de problemática tiene la contienda actual, obtiene rápida y definitiva solución en labios del sagaz comentarista.⁴⁵

Los pasajes citados dan cuenta de una mirada “plebeya” que transforma la Gran Guerra en un espectáculo mediático para cientos de curiosos fanatizados con “la novedad”. Desde esta perspectiva, la conflagración europea deviene una suerte de entretenimiento de masas que concentra durante semanas el volátil interés de los lectores porteños. Ese modo desprejuiciado de vincularse con la guerra, carente en sus inicios de demandas políticas pero también de explícitos alineamientos con las potencias beligerantes, permite brindar, desde la historia cultural e intelectual de la prensa, una explicación alternativa sobre las espontáneas concentraciones que el estallido del conflicto provocó en Buenos Aires.

A comienzos de la guerra, *La Mañana* afirmó que las redacciones de los diarios se habían transformado en un nuevo lugar de esparcimiento para un sector de la sociedad porteña que “en lugar de buscar las canchas de *football* o los jardines de Palermo y de Belgrano, corrió hacia las redacciones, hacia los cafés, con el ansia intensa de noticias y más noticias sobre la catástrofe”.⁴⁶ Para avalar esta sentencia, el matutino dirigido por Francisco Uriburu envió a un *reporter* al Hipódromo Argentino de Palermo, el cual pudo comprobar una importante disminución en la venta de entradas.⁴⁷ El autor de la nota atribuía esa caída a la atracción casi absoluta que generaba la guerra europea, pues

...la muchedumbre, constantemente renovada, que ocupa el centro durante todo el día, ávida de nuevas noticias, deja desierto los sitios habituales de reunión, canchas de ejercicios ó carreras, á las que antes acudía en busca de esparcimiento y prefiere las impresiones intensas y dominadoras de la contienda bélica (*ibid.*).

Esa dimensión de las repercusiones de la contienda como un entretenimiento se hizo todavía más evidente luego de que el intendente municipal, Joaquín S. de Anchorena, decretara, a comienzos de agosto, la prohibición de los espectáculos públicos en Buenos Aires. La decisión fue impulsada por las reiteradas interrupciones y las peleas entre los asistentes a *La hija del tambor mayor*, una opereta de Jacques Offenbach que narraba las peripecias del ejército napoleónico en el norte de Italia a comienzos del

45 1914. “Talleyrand en el café”, *LM*, n° 1281, 4 de agosto, p. 1.

46 1914. “Apuntes del día”, *LM*, n° 1281, 4 de agosto, p. 1.

47 “El ingreso medio de los jueves en el Hipódromo Argentino, por concepto de entradas, era habitualmente de treinta mil pesos. En la reunión de ayer descendió á doce mil”. 1914. “El interés del público”, *LM*, n° 1284, 7 de agosto, p. 1.

siglo XIX, en cuyo acto final sonaba el himno revolucionario *Le chant du départ* (1794) mientras un grupo de soldados marchaba enarbolando la bandera tricolor. Para evitar este tipo de incidentes, amparándose en una defensa de la neutralidad, se emitió un decreto que prohibía “en los teatros, cafés cantantes, cinematógrafos y demás espectáculos públicos”, la representación de toda obra y la exhibición de cualquier cinta que “por su lenguaje, acciones o argumentos pueda provocar [...] manifestaciones de cualquier género en favor ó en contra de la naciones ó pueblos extranjeros” afectados por conflicto europeo.⁴⁸ Este panorama permite contextualizar los irónicos comentarios de *Caras y Caretas*:

La gente está triste, no sólo por la crisis que se nos ha metido en casa, sino por la carestía de espectáculos. Si no fuera por la lectura de los telegramas de la guerra que resultan muy interesantes, y por la colocación de las banderitas en los mapas, que resulta muy entretenido, la estadística de Martínez habría sufrido un bajón en Buenos Aires, porque nos hubiéramos muerto de aburrimiento.⁴⁹

Esa sugestión inicial con la guerra se asociaba, por último, a su dimensión tecnológica e industrial, en especial, a los nuevos armamentos –zepelines, aeroplanos, *dreadnought* y submarinos– que aumentarían los eventuales escenarios de combate. El anhelo de ver en acción a esas novedosas maquinarias, sumado a la ya señalada expectativa en torno a una rápida finalización del conflicto, iluminan las quejas de ciertos matutinos por la excesiva ansiedad del público ante la falta de enfrentamientos de importancia.⁵⁰ Esas ensoñaciones, de momento insatisfechas, eran alimentadas por los semanarios populares a través un sinfín de notas que buscaban satisfacer la curiosidad de sus lectores apelando a una descripción ascética y carente de valoraciones sobre el funcionamiento y las bondades de estos nuevos arsenales, que por momentos se asemejaban a un aviso publicitario.⁵¹

48 El texto y los comentarios en torno al decreto pueden verse en 1914. “Los espectáculos públicos”, *LN*, n° 15306, 7 de agosto, p. 9; 1914. “Espectáculos públicos”, *LM*, n° 1284, 7 de agosto, p. 16 y 1914. “Espectáculos públicos”, *LA*, n° 3310, 9 de agosto, p. 5.

49 1914. “Comentarios”, *CyC*, n° 832, 12 de septiembre, s/p. Alberto B. Martínez fue hasta 1915 el director de la Dirección General de Estadísticas y Censos y el presidente de la comisión encargada de realizar el Tercer Censo Nacional.

50 “El público desearía que cada cinco minutos se le diera noticia de una gran batalla terrestre o de un gran combate naval; pero no es posible, en verdad, que los beligerantes satisfagan su ansiosa curiosidad como quisiera”. 1914. “Comentarios del momento. Mucha ansiedad y pocas noticias”, *LN*, n° 15307, 8 de agosto, p. 10.

51 Por sólo dar un ejemplo, a finales de agosto, *Caras y Caretas* publicó una nota titulada “La nueva ametralladora” (n° 830, 29 de agosto). El escrito que acompaña la fotografía de dos soldados manipulando el arma destaca su mayor versatilidad respecto de modelos anteriores, pues esta nueva versión “no pesa más de catorce kilos” y, a su vez, describe las mejoras tendientes a facilitar su manipulación: se alimenta “introduciendo cargadores de veinticinco cartuchos mientras que el otro hace puntería”, permitiendo hacer blanco en un objetivo situado hasta dos kilómetros de distancia, con un poder de fuego que obliga el acompañamiento de un carro de municiones equipado con 45.000 cartuchos.

TRAS LOS PASOS DEL LECTOR

¿Quiénes eran y qué opiniones tenían sobre la Gran Guerra esos lectores “plebeyos”? Es difícil saberlo con exactitud. Muy probablemente, una buena parte de ellos provenían de los nuevos contingentes de lectores formados por las campañas de alfabetización emprendidas por el Estado argentino a finales del siglo XIX, que en sólo cuarenta años –entre el censo de 1869 y el de 1914– redujeron la población analfabeta de 78,2 a 37,9%. En la ciudad de Buenos Aires, el impacto de ese proceso fue aún mayor: en vísperas de la Gran Guerra, la tasa de analfabetismo rondaba el 20% (Di Pietro y Tófaló 2013, p. 9). Más allá de las finalidades políticas albergadas por las élites y de la existencia de altos índices de deserción escolar, este proceso de centralización estatista de la educación produjo un crecimiento constante de los niveles de alfabetización, incluso entre los adultos, y una expansión de las prácticas de lectura que impulsaron el crecimiento del mercado de bienes culturales (Tedesco 2009 y Puiggros 1991).

Desde finales de la década de 1880, el volumen de los materiales impresos que circulaban en Buenos Aires aumentó de manera exponencial, pues la prensa periódica fue uno de los soportes privilegiados para llevar a cabo las prácticas iniciales de un público lector cada vez más heterogéneo, al que se buscaba captar a partir de diferentes estrategias discursivas, temáticas y empresariales.⁵² Hacia 1913, ese proceso se hallaba consolidado y, según la *Guía Periodística Argentina*, unas 831 publicaciones de diverso tipo se editaban y distribuían en Argentina, de las cuales 353 eran de la Capital Federal (Lerose & Montmasson 1913, p. 12). Y en vísperas de la Gran Guerra, según la instantánea del campo periodístico que brinda el *Tercer Censo Nacional*, se editaban en Argentina unas 830 publicaciones periódicas, aun cuando sólo se habían podido obtener datos precisos sobre 518 publicaciones, de las cuales 153 se editaban en la Capital, 241 en la provincia de Buenos Aires y el resto en las diferentes provincias (1917, p. 277).

A diferencia de algunas figuras intelectuales, como el citado Carulla, que han dejado registro de sus percepciones sobre los inicios de la contienda, las respuestas de esos lectores comunes y corrientes constituyen una presencia difusa pero no menos importante, que prueba la fascinación que el estallido de la guerra desató en la opinión pública local.⁵³ Las huellas de los lectores se manifiestan con mayor claridad en algunas “secciones menores” de las publicaciones porteñas. Las “cartas de lectores” –una sección poco frecuente, publicada por un diario como *La Argentina*, que buscaba instalarse como una opción “moderna” frente a los matutinos más tradicionales (*La Nación* y *La Prensa*)– constituyen

52 Para una caracterización más amplia sobre los inicios de proceso de modernización de la prensa local, véase Prieto (2006 [1988], pp. 13-82), Eujanian (1999), Roman (2010, pp. 15-37) y Pastormerlo (2016).

53 Cabe aclarar, no obstante, que esa delimitación no implica la existencia de una tajante distinción entre las prácticas lectoras de la cultura de las élites y la cultura popular, ni tampoco una concepción del público de los periódicos como un conglomerado homogéneo. Por el contrario, en la sociedad porteña de comienzos del siglo XX, los intercambios y cruces fueron muy habituales por lo que grupos parcialmente alfabetizados podían acceder a lecturas y prácticas del universo de las élites y viceversa (Parada 2007, pp. 116-117).

un primer ámbito donde rastrear sus percepciones. Por supuesto, sería ilusorio creer que allí se expresaba de un modo transparente la voz de los lectores, pues es muy probable que la redacción sometiera a un riguroso escrutinio las cartas recibidas para publicar sólo aquellas que felicitaban al diario por la excelencia y la variedad de sus servicios informativos o bien coincidían con su línea editorial frente a la guerra, en este caso, una fuerte defensa de los aliados de la Entente, y sobre todo, de Francia.⁵⁴ No obstante esas limitaciones, los ejemplos citados, que podrían multiplicarse con sólo recorrer la sección “La Voz del público” durante las primeras semanas del conflicto, confirman la existencia de una rápida respuesta de los lectores porteños frente al estallido de la guerra.

En segundo lugar, cabría mencionar las secciones de los semanarios destinadas a publicar las colaboraciones que enviaban sus lectores. Durante las primeras semanas de agosto, pueden encontrarse allí una gran cantidad de escritos y poemas impulsados por la guerra pero también las irónicas respuestas de las revistas ante ese aluvión de colaboraciones espontáneas que replicaba en Buenos Aires, aunque con menor intensidad, un movimiento similar al ocurrido en Europa.⁵⁵ *Mundo Argentino* fue una de las revistas más propensas a publicar este tipo de colaboraciones que, en sintonía con los editoriales de su director, Constancio C. Vigil, impugnaban la guerra desde un prisma pacifista y católico. Muchos de esos escritos fueron enviados por alumnos de escuelas públicas de la ciudad que, por iniciativa de sus maestras, elaboraron composiciones críticas de la guerra.⁵⁶ Varias semanas después, *Mundo Argentino* creó una sección específica para alojar estas colaboraciones, “En las escuelas”, desde la cual exhortaba a los maestros a “glorificar más aún su noble apostolado con afanosa siembra de ideales de paz y de amor en sus discípulos”.⁵⁷

54 “Señor director de *La Argentina*: felicito al señor director por el completo servicio telegráfico que publica sobre la conflagración europea, habiendo observado, complacido, que en una columna de *La Argentina* se dice más que en varias de los otros diarios [...] Juan E. Smith, Belgrano, número 2056”. 1914. “La Voz del público. *La Argentina* y la guerra”, n° 3301, 31 de julio, p. 4. “Esta guerra está escrita, porque en el futuro, dado el avance de las ideas republicanas democráticas, las coronas serán impotentes contra la república francesa. Aquiles Lemme (hijo), Warnes 397”, 1914. “La guerra en Europa”, n° 3302, 1 de agosto, p. 4. Véase, en la misma sección, 1914. Juan J. Jiménez, “El país ante la guerra”, n° 3305, 4 de agosto; 1914. M. P. Verduma, “Sobre la guerra”, n° 3306, 5 de agosto y 1914. Juan P., “La guerra”, n° 3311, 10 de agosto.

55 En Alemania, por ejemplo, sólo en el mes de agosto de 1914 se escribieron más de un millón y medio de poemas destinados a los soldados que marchaban al frente (Fritzsche 2006, p. 52).

56 “¡Maldita seas tú, guerra, que rompes la fraternidad entre las naciones del mundo! Por ti, veremos niños huérfanos, madres sin hijos, mujeres sin esposos. Por ti, millones y millones de inocentes sufrirán los rigores del hambre. Por ti, se trocharan millones de vidas florecientes para las que esperaban un brillante porvenir. Los estragos que acarreas son enormes, los beneficios ninguno. Guerra: maldita seas”. Poema sin título firmado por A. J. Godel, alumno del tercer grado de la Escuela n° 5, Consejo Escolar n° 8, MA, n° 189, 19 de agosto, s/p. En el mismo número puede leerse también el poema “Maldita sea la guerra” de su compañero de grado Carlos Rodríguez.

57 1914. “En las escuelas”, MA, n° 193, 16 de septiembre, s/p. Ese número incluía, por ejemplo, un poema contra la guerra de León Jaime Obadía, alumno de sexto grado de la Escuela n° 8 del Consejo Escolar n° 7. La presencia de la guerra en los establecimientos educativos motivó, al mismo tiempo, las críticas

Por el contrario, la sección “Correo sin estampilla” de *Caras y Caretas* y *Fray Mocho* tiende a burlarse de esos escritos inspirados en la contienda europea. A comienzos de agosto, puede leerse en *Caras y Caretas* las siguientes respuestas a las colaboraciones enviadas por sus lectores: “¡Claro que no podían faltar versos patrióticos! y claro también que nosotros no los publicamos”; “¡No y mil veces no! Es un ultimátum”; “El canasto se incautó sus poesías como botín de guerra”; “Se ve enseguida, que la poesía heroica que emplea se la inspiraron los boletines”, en referencia a las ediciones de última hora publicadas por los diarios durante los primeros días del conflicto.⁵⁸ Lejos de constituir un caso aislado, este tipo de respuestas, que eran precedidas por el nombre (o las iniciales) del autor/a y su localidad, continuaron apareciendo en ambos semanarios durante las semanas posteriores y constituyen otra prueba indirecta de la fascinación ocasionada por la guerra entre esos lectores, devenidos escritores de poemas y otros tipo de composiciones sobre el conflicto.⁵⁹

En tercer lugar, a lo largo de esas primeras semanas de la guerra, los diarios y los semanarios ilustrados publicaron con frecuencia diversas escenas de lecturas, que brindan algunas pistas para acceder a las experiencias de esos lectores “plebeyos” y sus modos de leer las noticias sobre la conflagración europea. Pues si bien hubo algunas referencias a las repercusiones del conflicto en los clubes y los círculos frecuentados por las élites locales, la inmensa mayoría de esas representaciones aluden a grupos sociales y lugares de lectura vinculados al universo popular.⁶⁰

de algunos diarios. A mediados de agosto, *El Nacional* aludía a los “beneficios” de la difusión ese tipo de noticias en las escuelas primarias: “Lo comprobamos ayer al ver a dos niñas de sexto grado, con un diario y un mapa de Europa, tomando del primero las informaciones y fijando en el segundo la situación de los lugares cuyos nombres indicaba el periódico [...] Estudio provechoso como se ve y de ahí resulta que la guerra destructora en que Europa está empeñada dejará a los niños y a las niñas estudiosas un positivo provecho educativo e instructivo”. 1914. “La guerra y la geografía”, *EN*, n° 19514, 14 de agosto, p. 2.

58 1914. “Correo sin estampilla”, *CyC*, n° 827, 8 de agosto, s/p. y n° 828, 15 de agosto, s/p.

59 “Parece mentira que, inspirándose en los telegramas de la guerra, hayan incomodado a las musas para hacer versos, versos con los que quedan mal hasta con Marte”, 1914. “Correo sin estampilla”, *CyC*, n° 829, 22 de agosto, s/p. “Nos imaginamos que haga usted consonantes a cañón y hulano, dada la nerviosidad del momento”, *CyC*, n° 832, 12 de septiembre de 1914, s/p. “¡Nada de vulgaridades guerreras y sanguinarias! El canasto se declara neutral y ya lo ha notificado así a las potencias”, 1914. “Correo sin estampilla”, *Fray Mocho. Semanario festivo, literario, artístico y de actualidades* (en adelante, *FM*), n° 121, 21 de agosto, s/p.; “Ni juntos ni separados los ejércitos de las naciones beligerantes tienen fuerza suficiente para convencernos de que *sombra* y *atolondra* son consonantes”, 1914. “Correo sin estampilla”, *FM*, n° 122, 28 de agosto, s/p. Destacado en el original.

60 “En el Círculo de Armas, Jockey Club y otras instituciones hay caballeros que viven con la nariz pegada a los mapas europeos”, señalaba *La Mañana*. “Frente a los mudos contornos geográficos dirigen asaltos, se apoderan de ciudades, adivinan el pensamiento de los generales, ganan y pierden batallas, y en un estallido de fantasía, vaticinan las revoluciones internas, voltean dinastías y hacen de Europa una ensalada de frutas”. 1914. “Notas breves”, n° 1291, 14 de agosto, p. 1. “Ya no son solamente los trabajadores y los estudiantes los que manifiestan francamente su adhesión hacia las potencias belicosas; ahora son las damas y los caballeros”, confirmaba *La Gaceta de Buenos Aires*, en una nota en la que narra el enfrentamiento entre dos distinguidas señoras, “una de ellas, afrancesada hasta la médula, y la otra germanófila consumada”, producido días tras en “una aristocrática reunión celebrada en la calle Juncal”. 1914. “Aquí fue... Lieja”, n° 1219, 29 de agosto, p. 3.

El incremento de la población alfabetizada produjo no sólo un nuevo tipo de lector sino también un nuevo tipo de lectura, más breve y fragmentaria, que podía realizarse en el transporte público –gracias a un aceitado sistema de distribución a través de kioscos, muchos de los cuales se hallaban en puntos estratégicos como las estaciones de subterráneos y de trenes– pero también en sus lugares de trabajo. Por ello, no es casual que las oficinas y dependencias públicas fueron algunos de los ámbitos privilegiados por esas representaciones sobre los lectores. A mediados de agosto, una viñeta de Polimani publicada en *Caras y Caretas*, mostraba a un empleado leyendo los diarios y los boletines de última hora en pleno horario laboral (fig. n° 2). El pie de la imagen refuerza su sentido crítico: “La ocupación más importante de los empleados nacionales”.



Fig. n° 2. Polimani, “Emisión menor”, CyC, n° 828, 15 de agosto de 1914, s/p.

En una viñeta posterior, este dibujante reiteraba una escena similar: “–¡Haga el favor de no molestarme con las cuentas! Ahora no tengo tiempo más que para mirar la marcha de los ejércitos en lucha”, vociferaba un empleado sin alejar la mirada del mapa de Europa en el cual había colocado pequeñas banderas para indicar las últimas ubicaciones de los ejércitos.⁶¹ Esa dimensión lúdica en la manera de experimentar las repercu-

61 1914. Polimani, “Emisión menor”, CyC, n° 832, 12 de septiembre, s/p.

siones iniciales de la guerra se vinculaba a una campaña publicitaria de la compañía de cigarrillos Misterio que, a través de los semanarios ilustrados, distribuyó gratuitamente unos mapas desplegados de Europa sobre los cuales los lectores / consumidores podían insertar las banderas de los países en guerra que contenían los paquetes de cigarrillos y que “en vistas a las anormales condiciones de Europa [...] tendrán un interés especial para los coleccionistas”.⁶² A esos lectores / consumidores, que también habían aprendido a “leer” las imágenes que invadieron la ciudad y las publicaciones periódicas desde finales del siglo XIX, estaban dirigidos los pósteres y libros vinculados al conflicto y un sinnúmero de productos (trajes, bebidas, discos, jabones, etc.) que rápidamente tomaron la guerra como motivo de sus estrategias publicitarias.⁶³

Las imágenes de lectura ambientadas en dependencias públicas continuaron apareciendo en las revistas porteñas, incluso meses después de iniciada la contienda. A comienzos de octubre, por ejemplo, Julio Castellanos publicó en *Caras y Caretas* un suelto sobre las repercusiones de la guerra ambientado en una inverosímil dependencia nacional, la sección “Objetos incontrables”, donde antes de la guerra sus empleados eran “gente pacífica que concurría a la oficina, aunque con algún retraso, y excepto los jueves para ver las carreras, y no abusan más que del té con galletitas”. Ahora, en cambio, el decurso de la guerra dividía los ánimos entre los empleados y “por un ponéme en limpio ese borrador, o por un copiáme a máquina esas décimas, se arma cada alboroto que tiene que intervenir hasta el negro ordenanza”.⁶⁴ En ese marco, un mapa de Europa, los diarios del día y hasta el uso de un diccionario proveían los elementos necesarios para largas polémicas sobre la ofensiva alemana, que transcurrían de espaldas al mostrador donde, a juzgar por la ilustración de Juan Carlos Huergo que acompaña el suelto, las visitas no eran muy bien recibidas (fig. n° 3).⁶⁵

62 1914. “Obsequio a los lectores de FRAY MOCHO por los fabricantes de cigarrillos MISTERIO”, n° 120, 14 de agosto, s/p. El reverso del mapa contenía, además, una serie de tablas comparativas de los efectivos militares, el número de bocas de fuego, naves, tonelajes y cantidad de oficiales con las que contaban las diferentes naciones beligerantes. Esta estrategia fue utilizada también por la Compañía Argentina de Tabacos, mientras que los cigarrillos Leales optaron por entregar, a cambio de una cantidad de etiquetas vacías, una estampa a elección de Jorge V, Raimond Poincaré, Nicolás II o Víctor Manuel III, las cuales también podían remitirse por correo a cambio de un ejemplar del libro del mariscal Helmuth von Moltke, *La guerra franco-alemana*. 1914. “La Guerra. Exijan el mapa a sus vendedores”, *LR*, n° 2747, 29 de agosto, p. 12; 1914. “Cigarrillos Leales”, *LT*, n° 672, 17 de octubre, p. 5 y 1914. “La guerra europea ¡Sensacional noticia!”, *CyC*, n° 835, 3 de octubre, s/p.

63 Véase, entre otros, 1914. “La guerra franco alemana”, *LA*, n° 3305, 4 de agosto, p. 2, publicidad de *The Albion House*; 1914. “Los siglos y la fuerza”, *CyC*, n° 829, 22 de agosto, s/p., del Hierro-Quina Bisleri; el anuncio de la compañía discográfica “The Inventions Company”, *FM*, n° 122, 28 de agosto, s/p. y 1914. “Jabón curativo Maubert”, *CyC*, n° 833, 19 de septiembre, s/p.

64 1914. Julio Castellanos, “Las consecuencias de la guerra”, *CyC*, n° 836, 10 de octubre, s/p.

65 “El jefe, después de leer los telegramas de los diarios, explicaba a sus subalternos la importancia de las plazas tomadas o rescatadas, para lo cual había hojeado la noche antes un diccionario y empezaba: ‘Reims, casi plaza fuerte, guarnición de doscientos mil hombres. Gran catedral, gótica, como la letra con que encabeza los expedientes Martínez’”. *Ibidem*.

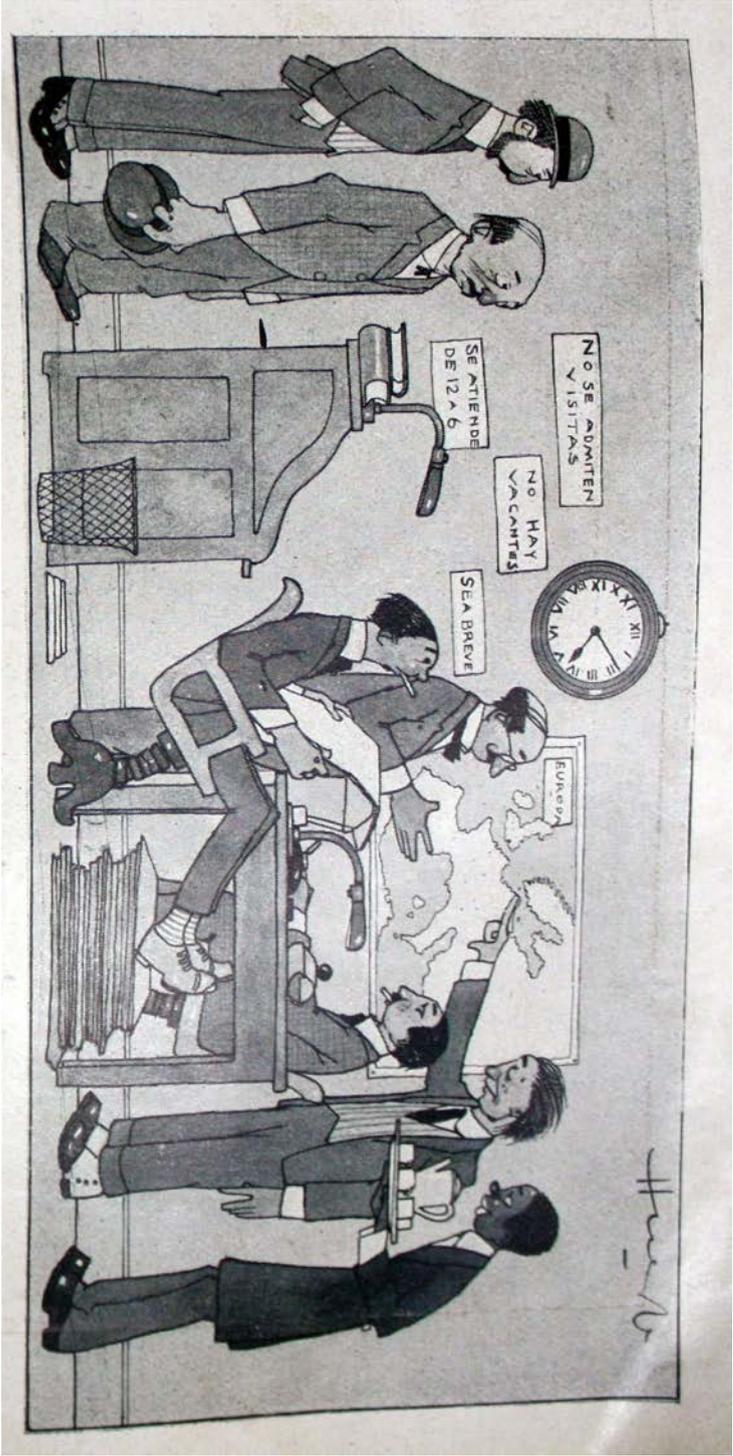


Fig. nº 3. Ilustración de Juan Carlos Huergo a Julio Castellanos, "Las consecuencias de la guerra", G/C, nº 836, 10 de octubre de 1914, s/p.

El texto brinda además una nueva faceta de esas representaciones sobre la lectura de las noticias de la guerra, su dimensión oral y colectiva, un aspecto que permite complejizar la importancia de las cifras de tiradas, pues las noticias de un solo diario podían, de esta manera, multiplicar sus potenciales lectores al igual que ocurría con las novedades fijadas en las pizarras.⁶⁶

La recurrencia de esas imágenes no puede separarse, a su vez, de las críticas recurrentes de la prensa hacia la “empleomanía” de la administración conservadora, acentuada aún más con la llegada al poder del gobierno radical de Hipólito Yrigoyen. No obstante, el descuido de las labores por estar enfrascado en la lectura de las últimas noticias de la guerra no fue, al parecer, un comportamiento exclusivo de los vituperados empleados públicos. Otra viñeta de Polimani sitúa una escena similar en una peluquería donde, ante la urgencia de un cliente por ser afeitado, el peluquero contesta desde el sillón y sin quitar la vista del diario: “Ahora estoy muy ocupado leyendo los telegramas de la guerra; dese una vueltita dentro de una hora”.⁶⁷

La representación de esas escenas de lectura de las noticias sobre la contienda europea, tanto en espacios públicos como privados, en voz alta o de modo silencioso, fue el tema excluyente de una de las entregas de la tira cómica de Don Goyo Sarrasqueta y Obes, considerado el primer personaje de historieta argentino. En “Las doce horas del día de Sarrasqueta” (fig. n° 4), publicada a mediados de agosto en *Caras y Caretas*, el dibujante español Manuel Redondo condensaba los diferentes tópicos sobre el fanatismo de los lectores porteños que se han señalado hasta aquí. La tira va siguiendo un día en la vida del célebre personaje, marcado por las diferentes lecturas y discusiones en torno a la guerra. Su jornada comienza en el restaurant donde, esperando el almuerzo y durante la sobremesa, lee en los diarios de la mañana las últimas noticias sobre el conflicto. Luego se traslada por primera vez a las pizarras, “para comprobar la autenticidad de los telegramas” y de allí al café, a intercambiar opiniones y discutir sobre la conflagración. Tras una segunda visita al edificio de *La Prensa*, “para observar si hay bandera verde o roja”, *vermouht* con *bitter* mediante, tiene el primer altercado con motivo de la guerra. La tercera visita a las pizarras le depara una “ruptura de la neutralidad, de cabezas y narices” por una mala interpretación de las noticias. Luego de la cena y tras la lectura de nuevos cables en los vespertinos, se dispone a actualizar las posiciones de los ejércitos beligerantes fijando sobre el mapa de la guerra las señaladas “banderitas”. Antes de terminar el día, visita nuevamente las pizarras para comprobar si los focos pestañean o han cambiado de color y en el café se trenza en una última discusión sobre los planes estratégicos para luego conciliar el sueño con una lectura de las ediciones de última hora y soñar con la hecatombe europea. Difícilmente pueda encontrarse un resumen más perfecto de los diferentes aspectos que caracterizaron a esa mirada “plebeya” sobre los inicios de la Gran Guerra en Buenos Aires.

66 No obstante, como ha señalado Sylvia Saitta, las cifras suministradas por los diarios y las revistas a los editores de la *Guía Periodística* permiten fijar una instantánea de la modernización del mercado periodístico de Buenos Aires y la diversidad de su oferta informativa (1998, p. 33).

67 1914. Polimani, “Emisión menor”, *CyC*, n° 827, 8 de agosto, s/p.

Las doce horas del día de Sarrasqueta



I Esperando el almuerzo. Lectura, en los diarios de la mañana, de los sensacionales telegramas de la guerra.



II Café con gotas y cigarro. Continúa la lectura de horripilantes noticias de los combates.



III Visita a las pizarras de los diarios, para comprobar la autenticidad de los telegramas.



IV Reunión en el café, con bandera de parlamento, para discutir sobre la conflagración.



V Segunda visita a las pizarras y transparentes, para observar si hay bandera verde o roja.



VI Vermouth con bitter y papas calientes, por diferentes apreciaciones sobre la lucha.



VII Tercera visita a las pizarras y rompimiento de la neutralidad, de cabezas y narices por mala interpretación de noticias.



VIII Cena y nueva lectura de los cables de la noche y colocación de pizarras en los puntos ocupados por los beligerantes.



IX Cuarta visita a las pizarras y observación de si pestañea el foco pronosticando nuevos combates.



X Café con discusión de planes estratégicos, amenaza de romper hostilidades y rompimiento de vajilla.



XI Quinta visita a las pizarras y observación si el foco está rojo o verde.



XII Últimátum a las nutridas columnas de los diarios, y rendición incondicional a Moriso, soñando con la hecatombe.

Dib. de Redondo.

Página anterior: Fig. 4. Manuel Redondo, "Las doce horas del día de Sarraqueta", CyC, n° 828, 15 de agosto de 1914, s/p.

CONCLUSIONES

La noticia del estallido de la Gran Guerra produjo una enorme conmoción en Buenos Aires, que vio alterada su normalidad hasta extremos impensados para una ciudad neutral. Esa "fiebre de la expectativa", como la denominó un cronista, fue posible gracias a la velocidad en la transmisión de la información que posibilitaba la inserción de la prensa porteña en la red telegráfica global, un panorama que se vio drásticamente trastocado con la imposición de la censura en los países beligerantes (Sánchez 2014).

Sin dudas, el alto índice de extranjeros que hacia 1914 habitaban en Buenos Aires, el temor sobre la situación financiera que podría agravar la ya evidente crisis de la economía argentina y la posibilidad de una rápida resolución del conflicto, contribuyeron a ese clima de efervescencia durante las primeras semanas de la guerra. Este artículo ha tratado, sin embargo, de explicar esa dinámica de la opinión pública local en el marco de un proceso de modernización que había transformado a los grandes diarios de la Capital en un fenómeno periodístico y social, en diálogo con el modo en que los lectores se acercaban a las noticias internacionales desde finales del siglo XIX. Esa perspectiva ha permitido detectar la emergencia de una mirada "plebeya" que transforma los inicios de la Gran Guerra en un espectáculo mediático para cientos de curiosos fanatizados con "la novedad". Desde esta manera, el estallido y las primeras repercusiones de la contienda europea devinieron una suerte de entretenimiento de masas que concentró durante semanas el volátil interés de los lectores porteños. Ese modo desprejuiciado de vincularse con la guerra, carente en sus inicios de demandas políticas pero también de explícitos alineamientos con las potencias beligerantes, permite brindar, desde la historia cultural e intelectual de la prensa, una explicación alternativa sobre las espontáneas concentraciones que el estallido del conflicto provocó en Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., 2008. La ciudad en el Censo Nacional de 1914. Tercer Censo General. *Población de Buenos Aires*, n° 8, Dirección General de Estadísticas y Censos, pp. 83-94.
- ANSOLABEHERE, P., 2016. Buenos Aires. La ciudad de la bohemia. En: A. GORELIK & F. ARÊAS PEIXOTO, *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 39-55.
- BERENSON, E., 1992. *The Trial of Madame Caillaux*. California: University of California Press. 296 p.
- BERGEL, M., 2015. *El Oriente desplazado: los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*. Bernal: UNQUI. 356 p.
- CAIMARI, L., 2016. News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900. *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, n° 4, pp. 607-640.
- CARULLA, J. E., 1964 [original 1951]. *Al filo del medio siglo*. Buenos Aires: Huemul. 379 p.

- COMPAGNON, O., 2014. *América latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*. Buenos Aires: Crítica. 350 p.
- DI PIETRO, S. & A. TÓFALO, 2013. *La situación educativa a través de los censos nacionales de población*, Ministerio de Educación: Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 19 p.
- EUJANIÁN, A., 1999. *Historia de las revistas argentinas (1900-1950)*, Buenos Aires: AAER. 181 p.
- FERNÁNDEZ, J. R., 1919. *Civilización argentina. La obra de La Prensa en 50 años*. Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso. 87 p.
- FRITZSCHE, P., 2006. *De alemanes a nazis. 1914-1933*. Buenos Aires: Siglo XXI. 257 p.
- GAYOL, S., 2002. *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, Honor y cafés 1862-1910*. Buenos Aires, Ediciones del Signo. 284 p.
- GÓMEZ, H., 2008. Los diarios como espacios públicos. *La Prensa en la vida social de Buenos Aires a comienzos del siglo xx. Intersecciones en Antropología*, n° 9, pp. 261-274.
- LE NAOUR, J. Y., 2007. *Meurtre au Figaro. L'affaire Caillaux*. París: Larousse. 288 p.
- LE ROSE & MONTMASSON, 1913. *Guía Periodística Argentina*, Buenos Aires.
- LVOVICH, D., 2003. No es este un asunto de Francia sino un asunto de la Humanidad. Notas sobre la recepción del caso Dreyfus en Buenos Aires. *Anuario IEHS*, vol. 18, pp. 273-302.
- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO, 1919. *El libro azul. Documentos y actos de gobiernos relativos a la guerra en Europa*. Buenos Aires. 149 p.
- PARADA, A., 2007. Cultura impresa y vida cotidiana en el Buenos Aires del Centenario (1910). En: A. PARADA, *Cuando los lectores nos susurran: libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires: INIBI, FFyL-UBA. 232 p.
- PASTORMERLO, S., 2016. Sobre la primera modernización de los diarios de Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870). En: V. DELGADO & G. ROGERS, *Tiempos de papel: publicaciones periódicas argentinas (siglos xix y xx)*. La Plata: UNLP-FHCE. pp. 13-37.
- PINETA, A., 1962. *Verde memoria. Tres décadas de literatura y periodismo en una autobiografía*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora. 227 p.
- PRIETO, A., 2006 [1988]. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI. 241 p.
- PUIGGRÓS, A., 1991. *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino. Historia de la Educación Argentina II*. Buenos Aires: Galerna. 361 p.
- RINKE, S., 2017. *Latin America and the First World War*, Nueva York, Cambridge University Press. 302 p.
- ROMAN, C., 2010. La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898). En Laera, A. *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo III. Buenos Aires: Emecé, pp. 15-37.
- SAÍTTA, S., 1998. *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana. 318 p.
- SÁNCHEZ, E. G., 2014. Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra. *Política y Cultura. Revista Académica del Departamento de Política y Cultura*, n° 42, pp. 55-87.
- TATO, M. I., 2010. La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno a la Primera Guerra Mundial. En: M. I. TATO & M. CASTRO, *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 33-63.
- , 2017. *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria. 144 p.
- TEDESCO, J. C., 2009 [1986]. *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires: Siglo XXI. 282 p.
- TERCER CENSO NACIONAL. *Levantado el 1 de junio de 1914, 1917*. Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., Tomo IX.
- VÁZQUEZ-PRESEDO, V., 1971. *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*. Buenos Aires: Eudeba. 230 p.
- WEINMANN, R., 1994. *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*. Buenos Aires: Biblos - Fundación Simón Rodríguez. 168 p.